



EL ERROR DEL MOVIMIENTO “SÓLO
JESÚS” A LA LUZ DE LAS SAGRADAS
ESCRITURAS.

Pr. Joaquín Yebra.

Contenido

INTRODUCCIÓN:	3
¿TRES DIOSES O UNO?	11
EL NOMBRE “ELOHIM”:	19
JESÚS NO ES EL PADRE:	25
EL ESPÍRITU SANTO NO ES NI EL PADRE NI EL HIJO:	38
LA FÓRMULA DE LA ADMINISTRACIÓN DEL BAUTISMO CRISTIANO EN LAS AGUAS:	42
LA SANTÍSIMA TRINIDAD DE DIOS:	48
LOS ARGUMENTOS EMPLEADOS POR LOS MODALISTAS DE NUESTROS DÍAS Y LAS RESPUESTAS BÍBLICAS TRINITARIAS:	57
CONCLUSIÓN:	68

INTRODUCCIÓN:

Creemos necesario comenzar por explicar previamente que no escribimos este estudio teológico con la intención de dañar ni desacreditar a ningún cristiano ni institución. Tampoco creemos que los errores doctrinales invaliden la realidad y validez de las experiencias espirituales de hermanos que pueden estar francamente equivocados en determinados puntos, pero al mismo tiempo ser genuinamente fieles en su relación de amor y gratitud al Señor nuestro Salvador. Nuestro propósito es exponer un particular planteamiento doctrinal sobre la Deidad a la luz de las Sagradas Escrituras y la historia, y pretendemos hacerlo desde el amor y el respeto.

La doctrina de la Santísima Trinidad no es un invento cristiano, ni el desarrollo de influencias de extraña procedencia, ni el resultado de la invasión de la filosofía griega en el cristianismo, después de que éste se alejara de sus raíces hebreas por causa de la llegada en aluvión de gentiles a la fe de Cristo Jesús.

La Biblia afirma que hay un solo Dios que existe y se manifiesta en tres Personas: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Esa ha sido y es la enseñanza ortodoxa de la Iglesia. Sin embargo, poco después de que se completara la redacción de los documentos que constituyen el Nuevo Testamento, algunos comenzaron a enseñar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo eran simplemente *“manifestaciones”* de la misma Divinidad que se presentaba o daba a conocer de tres modos distintos.

La enseñanza de los adherentes a *“Sólo Jesús”* es que Cristo es el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Afirman que esta es una revelación especial que les fue dada para la práctica correcta del bautismo en las aguas, el cual, según ellos, debe realizarse *“en el nombre de Jesús”*, frente a la fórmula de *“en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.”*

Esta postura surgió dentro del Movimiento Pentecostal hacia el año 1914, muy poco tiempo después de que se organizaran las Asambleas de Dios, en Hot Springs,

Arkansas.¹ Comenzó como un debate amistoso sobre la manera de practicar el bautismo, pero se convirtió en una enconada controversia sobre la naturaleza de la Deidad. La argumentación en aquellos días se centró en la manera de reconciliar las palabras de Mateo 28:18-19 con las de Hechos 2:38-39:

“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.” (Mateo 28:18-19).

“Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.” (Hechos 2:38-39).

Para los defensores de la postura de “*Sólo Jesús*”, el apóstol Pedro había introducido una nueva fórmula bautismal en Pentecostés porque supuestamente le había sido revelado por el Espíritu Santo que el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo son Jesús. Es decir, que en la Deidad hay una sola Persona, y que esa Persona es Jesucristo. De ahí el nombre de “*Sólo Jesús*” por el que es popularmente conocida la *Iglesia Pentecostal Unida*.

Los antecedentes inmediatos de esta postura se encuentran en la enseñanza de John G. Scheppe, discípulo de Mary B. Woodworth-Etter. Esta hermana condujo cultos de avivamiento y sanidad en Arroyo Seco, California, en el año 1913, en los cuales el Espíritu Santo descendió con poder sanador sobre muchas personas. El hermano Scheppe recibió de parte del Señor una fuerte enseñanza sobre el poder de Dios en el nombre de Jesús, la cual le hizo pensar que había recibido una nueva revelación respecto a la fórmula en que debía bautizarse en las aguas, haciéndolo en el nombre de Jesús, en lugar de con la fórmula trinitaria.

¹ Kendrick, Klaude, “The Promise Fulfilled: A History of the Modern Pentecostal Movement”, Gospel Publishing House, Springfield, Mo, USA, 1961.

Esta enseñanza despertó un entusiasmo notablemente desmedido entre muchos hermanos, hasta el punto de que numerosos creyentes, de norte a sur de la Costa Occidental de los Estados Unidos, se hicieron rebautizar en el nombre de Jesús, por cuanto sus defensores presentaban la novedosa formulación bautismal como portadora de una nueva bendición de parte de Dios.²

Otro importante predicador pentecostal que entró en contacto con el movimiento de los “*Sólo Jesús*” fue Frank J. Ewart. El hermano Ewart fue un valiente predicador bautista que había aceptado el mensaje pentecostal por el año 1908. Su predicación sobre el bautismo con el Espíritu Santo y la vigencia de los dones durante todo el período de la Iglesia, provocó su expulsión de la comunión bautista, a la sazón bastante intolerante en aquellos días. En Abril de 1914, el mismo mes en que se celebraba la gran conferencia constitutiva de las Asambleas de Dios, en Hot Springs, Frank J. Ewart predicó su primer sermón doctrinal sobre “*Sólo Jesús*”.³

A partir de aquel momento, el movimiento “*Sólo Jesús*” se dedicó ardientemente a luchar contra la doctrina de la Santísima Trinidad, afirmando que se trataba de una enseñanza de origen humano. Esta fue una de las principales razones por las que las Asambleas de Dios tuvieron que tomar la sabia decisión de redactar una *Declaración de Verdades Fundamentales*, vigente hasta el día de hoy, por cuanto se trata de una confesión doctrinal basada en la Santa Palabra de Dios.⁴

² Powell, Timothy M., “ ‘Jesús Only’ and the Assemblies of God”, en “Paraclete”, 1979, vol. 13, number 4.

³ Menzies, William W., “Anointed to Serve”, Gospel Publishing House, Springfield, Mo., USA, 1971, p. 16, en “Paraclete”, “ ‘Jesus Only and the Assemblies of God’”, op. cit.

⁴ La redacción y promulgación de la *Declaración de Verdades Fundamentales* encontró alguna reticencia por cuanto originalmente el propósito de la constitución de las Asambleas de Dios no fue organizar una nueva denominación cristiana, sino una “comunión fraternal” (inglés “fellowship”) de cristianos renovados por el Espíritu Santo, con el propósito de servir a toda la Iglesia del Señor. Ante el peligro de la invasión de posturas contrarias a la Palabra de Dios, las iglesias aceptaron la necesidad de dicha Declaración.

UN POCO DE HISTORIA:

La postura doctrinal del movimiento “*Sólo Jesús*” se conoce en el campo de la teología cristiana desde el siglo XIX como “*modalismo*”. Sus raíces pudieran hallarse en el pensamiento del filósofo judío Baruj Spinoza.⁵

La teología modalista funda la divinidad del Hijo de Dios en una potencia que solamente se distingue del Padre virtualmente, y de ese modo, frente a la teología bíblica del Logos, es decir, de la Palabra o Verbo de Dios como Persona que se encarna, entiende la relación trinitaria e histórico-salvífica entre el Padre y el Hijo, no en los términos ortodoxos de Personas, sino de meras manifestaciones, expresiones o modos de la Divinidad.⁶

En la historia de la dogmática cristiana, aparece el modalismo primeramente a comienzos del siglo III. Hallamos su “*caldo de cultivo*” especialmente entre los años 180 y 260 d.C. en Asia Menor, desde donde se extiende por el imperio hasta llegar a Roma.

El modalismo surge en conexión con la Gnosis⁷, sobre el fondo de una creciente tendencia general hacia un monoteísmo abstracto. Esto acontece en el tiempo en que

⁵ Baruj Spinoza, filósofo judío sefardí, de una familia de los expulsados de los reinos de Castilla y Aragón por los Reyes Católicos en 1492. Su familia, como tantas otras, pasaron de España a Portugal, donde poco después también se produjo la expulsión de los judíos. De allí se trasladaron a los Países Bajos. Spinoza nació en Ámsterdam en 1632 y falleció en La Haya en 1677. Fue expulsado de la comunidad hebrea por su concepto filosófico de Dios y su intento de armonización de las Sagradas Escrituras con el pensamiento de Descartes.

⁶ Juan 1:1, 14.

⁷ “Gnosis” es voz griega para “conocimiento”, especialmente en lo referente a la Divinidad. Su mayor extensión ocurrió desde finales del siglo I hasta el III. Se trata de un complejo y desordenado sistema de supuestas verdades reveladas y transmitidas por una minoría selecta de creyentes iniciados e intelectualmente muy avanzados. Su presencia en el Cristianismo naciente condujo a muchos a rechazar la doctrina de la Encarnación del Verbo, aceptando solamente la apariencia de la humanidad de Jesucristo, pero no la Encarnación del Hijo de Dios.

comienza la corriente filosófica del neoplatonismo, es decir, hacia los años 210 al 242 d.C.⁸

Sus raíces se encuentran en el monoteísmo solar, no en el hebreo, y se entronca en la creciente implantación del culto al emperador, que ya se había iniciado con la declaración de César *"Augusto"*, es decir, *"divino"*, lo que llegaría a la consideración del soberano reinante como el exponente del poder divino universal.⁹ Es interesante considerar el hecho de que en el preciso momento en que un soberano se declara *"divino"*, antes de su óbito, es cuando el Verbo, que es Dios, se hizo carne humana para estar entre nosotros, mostrarnos el máximo alcance del amor de Dios, y dar su vida por todos los hombres.

Aquí encontramos las raíces de las aspiraciones universalistas del cesaropapismo romano¹⁰ y de los monarcas medievales, comprendidos algunos gobernantes hasta nuestros días, tanto pertenecientes a familias dinásticas como plebeyas, con la pretensión de ostentar sus poderes *"por la gracia de Dios"*, elevándose de ese modo

⁸ El Neoplatonismo es el sistema filosófico nacido en Alejandría en el siglo III y enseñado hasta el siglo VI. Se trata de la última manifestación del Platonismo antiguo, como síntesis de muy diferentes elementos, con aportaciones de doctrinas filosóficas de Pitágoras, Aristóteles, Zenón y, especialmente, de Platón, unidas a aspiraciones místicas de orígenes tan diversos como el pensamiento judío e hindú.

⁹ Aureliano (214-275), emperador entre los años 270 y 275, apoyó la extensión del culto a Mitra, dios solar, con el fin de procurar la unidad del Imperio bajo una sola devoción. Este culto, procedente de Oriente, estaba muy arraigado entre los soldados. El apoyo por parte del emperador produjo un notable decaimiento del culto a los dioses antiguos. Se han hallado monedas de la época con la inscripción *"Sol Dominus Imperii Romani"* (*"El Sol, Señor del Imperio Romano"*).

¹⁰ *"Cesaropapismo"* es un término acuñado por el jurista alemán Justus H. Boehmer (1674-1749), que después aplicaría Kart Wittfogel, en el siglo XX, para referirse al llamado despotismo oriental o asiático de la Iglesia Oriental por hacerse con el poder absoluto de la tierra. En el curso de los siglos vemos a las iglesias históricas entrar en maridaje desigual con los estados seculares. Éstos procuraron siempre servirse de la Iglesia para santificar sus actos y someter a la obediencia a los pueblos, hasta degenerar en absolutismos dictatoriales totalmente alejados de la doctrina de Cristo, bajo la pretensión de ser instrumentos para la ejecución de la voluntad divina. La Iglesia, por su parte, se ha servido históricamente del Estado secular para obtener y aumentar sus subvenciones y demás privilegios. Una fecha que marca un punto importante en el desarrollo del cesaropapismo es el momento en el que el Papa León III coronó a Carlomagno como Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, en base a su pretensión de que todos aceptaran el origen divino de los monarcas y el poder absoluto sobre el gobierno y la religión simultáneamente.

por encima del derecho y autojustificándose de esa manera para realizar los actos más repugnantes para la fe y la razón, pretendiendo erigirse a sí mismos por encima del bien y del mal.

Aquel fue el momento en el que la Iglesia tuvo que enfrentarse ante el problema de ver la unicidad de Dios y la divinidad del Hijo en su recíproca compatibilidad. El estudio serio y no prejuiciado de la Historia de la Iglesia nos muestra la tentación de ésta por asimilarse al sistema imperante, y por parte del estado secular sus artimañas por dominarla y controlarla para sus propios intereses.

El monarquianismo, tanto en su forma adopcionista como en su expresión modalista, resolvió la cuestión considerando a Jesucristo como mero hombre, quien, si bien nació de María virgen, sin embargo sólo posteriormente a su nacimiento, y más concretamente en ocasión de su bautismo, fue dotado de virtud divina al ser adoptado como Hijo de Dios con poder, y por lo tanto no puede ser tenido por *“Theós”, “Dios”*.¹¹

Pablo de Samosata afirma más explícitamente que la fuerza o unción divina con que Jesús fue investido en su bautismo es un atributo divino de naturaleza impersonal, que entra en una unión dinámica, esencialmente externa a la Persona de Jesús. El término

¹¹ El Monarquianismo Dinamista o Adopcionista (Adopcionismo) considera a Jesucristo como hombre nacido de María virgen por obra y gracia del Espíritu Santo, quien fue adoptado como Hijo de Dios en su bautismo. Teodoto el Curtidor, de Bizancio, (ca. 190) y Pablo de Samosata, Obispo de Antioquia (260-268) son los grandes promulgadores del Adopcionismo. Sus errores se deben a que sus fuentes no se limitaron a las Sagradas Escrituras, sino que también recurrieron al pensamiento de Aristóteles, Platon y Euclides, el cual trataron de armonizar con la Revelación.

El Monarquianismo Modalista (Modalismo) afirma igualmente una sola Persona divina que actúa según diferentes funciones o modos. Para el modalismo, las tres Personas de la Deidad no son nada más que tres modos, máscaras o funciones por medio de las cuales actúa la única Persona divina. Los principales defensores de esta teología fueron Noeto de Esmirna, Práxeas y Sabelio. Los dos primeros afirman que entre la Persona del Padre y del Hijo o su divinidad, no existe diferencia alguna, por lo cual, desde su perspectiva, no es el Hijo Eterno quien se hace hombre, sino el Padre mismo. Sabelio, quien da nombre a la corriente teológica conocida por “sabelianismo”, desarrolla esta idea bajo el aspecto histórico-salvífico, afirmando que Dios se manifestó en distintos modos, es decir, como Padre en la Creación, como Hijo en la Encarnación, y como Espíritu Santo en la Santificación. La diferencia, pues, entre el Padre y el Hijo, según Sabelio, solamente es la que se da entre Aquél y una manifestación, pero no es una realidad que se halle dentro de la Divinidad.

“*ómoousios*” ha de significar la identidad del Logos con la primera Persona divina, y no debe conducir a ninguna diferencia “*personal*” en la absoluta “*monarquía*” de Dios.¹²

Especulativamente, el modalismo con todas sus posibles matizaciones plantea el problema de la relación interna entre la Trinidad immanente y la trascendente, o bien, en sentido inverso, cómo se relaciona metafísicamente la historia de la salvación con el propio Dios.

Lo decisivo aquí no es la yuxtaposición entre Dios y el hombre, sino la profundidad de la diferencia en el propio Dios. El modalismo, cualquiera que sea su matización, atenúa enormemente esta diferencia, lo que lo convierte en herético tanto desde la perspectiva de la cristología como de la soteriología.

La Iglesia se vio obligada a reaccionar contra esta herejía modalista, del mismo modo que hubo de hacerlo contra la herejía triteísta.¹³ Víctor I¹⁴ excomulgó a Teodoto y condenó su monarquianismo.¹⁵ Sabelio fue excomulgado, por Calixto I.¹⁶ El Concilio de Antioquia, del año 268, condenó a Pablo de Samosata.¹⁷ Dionisio de Roma¹⁸, en su

¹² El término “*ómoousios*”, “de la misma naturaleza”, se emplea en el Concilio de Nicea, del año 325 d.C., en el cual se confesó que el Hijo es consustancial al Padre, es decir, de la misma naturaleza del Padre, y por lo tanto Dios existe en las tres Personas del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

¹³ Tertuliano, “*Adversus Praxean*”; Hipólito, “*Contra Noetum*”; Novaciano, “*De Trinitate*”; Orígenes, “*Perí Arjón*”.

¹⁴ El obispo de Roma Victor I (189-199) excomulgó a Teodoto en el 198. También fue el primero en iniciar la paulatina sustitución del griego por el latín como lengua litúrgica.

¹⁵ Eusebio, “*Historia de la Iglesia*”, v. XXVIII.

¹⁶ Calixto I (155-222), Obispo de Roma entre los años 217 y 222. Lo que sabemos de él procede de los escritos de Hipólito, quien le acusa de ambicioso y corrupto en su obra titulada “*Pilosopheumena*”, descubierta en el siglo XIX.

¹⁷ Op. Cit. V. VII.

¹⁸ Dionisio de Roma, obispo entre los años 259 y 268 se destacó por combatir abiertamente las doctrinas modalistas.

carta a Dionisio de Alejandría¹⁹, rechaza igualmente el sabelianismo, pero también combate el triteísmo²⁰, y lo mismo que anteriormente Calixto frente a Hipólito, rechaza la argumentación subordinacionista propia del arrianismo.²¹

¹⁹ Dionisio, Patriarca de Alejandría entre 248 y 264. Por su valor y firmeza le fue dado el sobrenombre de “El Grande”.

²⁰ Conocemos por “triteísmo” la herejía trinitaria del siglo III que se opone tanto al modalismo o sabelianismo como a la ortodoxia. Afirmaban sus partidarios la unidad divina y la trinidad de las personas divinas simultáneamente. Se trataba, pues, de un planteamiento teológico sumamente sutil. Frente a la ortodoxia bíblica, desde la que afirmamos conforme a las Sagradas Escrituras que existen tres Personas dentro de la perfecta unidad divina, los defensores del triteísmo enseñaban que en Dios hay tres esencias o naturalezas, y que, por consiguiente, son tres dioses dentro de una unidad conceptual. Su principal defensor fue Filopón, discípulo de Severo de Antioquia.

²¹ Arrio (256-336), obispo de Constantinopla, negó la divinidad de Cristo, aceptándole solamente como hombre. A partir del año 318 se dedicó a propagar sus enseñanzas adopcionistas frente al encarnacionismo de la corriente principal de la Cristiandad. El Concilio de Nicea aprobó el credo encarnacionista propuesto por Atanasio, y desterró a Arrio, quien fue perdonado en el 336, poco antes de su fallecimiento.

¿TRES DIOSES O UNO?

Las Sagradas Escrituras enseñan más allá de toda duda que hay un solo Dios. Aunque hay más de una Persona dentro de la Unidad perfecta de Dios, ésta es absoluta, inquebrantable y completamente adversa a cualquier concepción de una pluralidad de “dioses”. La voz “uno” referida a Dios no señala primordialmente al “uno numeral”, como nosotros generalmente entendemos, sino a “unidad”.

En la memorable oración de David, registrada en 2º Samuel 7:22, la Unidad de Dios queda evidenciada:

“Por tanto, tú te has engrandecido, Jehová Dios; por cuanto no hay como tú, ni hay Dios fuera de ti, conforme a todo lo que hemos oído con nuestros oídos.”

Ese es el sentido de la Unidad de Dios, su incomparabilidad, como afirma el profeta Isaías 43:10-11; 44:6:

“Vosotros sois mis testigos, dice Jehová, y mi siervo que yo escogí, para que me conozcáis y creáis, y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí. Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve... Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero; y fuera de mí no hay Dios.”

Estas afirmaciones concuerdan con la gran confesión de Deuteronomio 6:4: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es.”

El punto siguiente que hemos de considerar es el vocablo “*ejad*”, es decir, “uno”. Todos los expertos aseguran que el sentido de este adjetivo numeral apunta hacia una unidad compuesta, es decir, constituida por diversos elementos o partes integrales. Este matiz de “*unidad compuesta*” se desprende fácilmente de varios textos:

Génesis 1:5, 8, 13: “Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y la mañana un día... Y llamó Dios a la expansión Cielos. Y fue la tarde y la mañana el día segundo... Y fue la tarde y la mañana el día tercero.”

Lo mismo se afirma respecto al día cuarto, el quinto y el sexto. El séptimo, representante del mundo venidero, no tiene tarde ni mañana, mientras que los demás sí. Además, cada uno de ellos, siendo un solo día, está constituido por dos elementos, la tarde y la mañana, comprendido el día “uno”, que no “primero”, por cuanto es nombrado con la misma voz “ejad”, “uno”, ya que no puede denominarse “primero”, término comparativo, al no tener a ninguno delante de él. La luz y la oscuridad son los elementos que forman la unidad compuesta.

La unión de la noche y la mañana constituye la unidad de tiempo que aparece en los días subsiguientes. Ese es el mismo sentido que tienen las palabras del Señor respecto a la unidad matrimonial, en Génesis 2:24:

“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.”

Tanto el adjetivo numeral como la forma verbal apuntan hacia la idea de “unirse”, “unificarse”, “unir fuerzas”.

Lo mismo podemos afirmar respecto al texto de la creación del hombre, varón y mujer:

Génesis 1:26: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza.”

En las palabras “imagen” y “semejanza”, al igual que en las voces “varón” y “varona”, se refleja la misma unidad compuesta. No podrían usarse estas palabras propiamente

si a quien le fueran dirigidas fuese un ser inferior o de menor categoría que el propio Dios, que es quien habla.

Por eso es que cuando un hombre y una mujer se unen en matrimonio siguen siendo dos personas. Pero nuestro Señor Jesucristo, citando el texto del Antiguo Testamento, señaló claramente que las dos personas se convierten en una sola carne. En este sentido, el varón y la mujer dejan de ser dos para ser uno, y del mismo modo, la Escritura revela que esta clase de unidad es la del Espíritu del Señor.

Mateo 19:6: “Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.”

El apóstol Pablo emplea este argumento para explicar la profundidad del alcance de esta unidad en dos contextos antagónicos en los que se produce el misterio de esta unidad íntima. El primero de ellos es la amonestación apostólica contra la unión ilícita de un varón con una ramera, correspondiente a la práctica de la *prostitución sagrada* de los templos paganos de Corinto, la cual representaba una seria amenaza para los cristianos procedentes de la gentilidad, dados a esta práctica pagana; el segundo es la unión mística del fiel con el Espíritu del Señor:

1ª Corintios 6:16-17: “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo. ¿O no sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne. Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él.”

Es evidente que “*un espíritu*” no significa “*una sola persona*”. Por eso esta expresión se halla también en el texto de Efesios 4:3-6, donde otras entidades, tales como el cuerpo, la fe y el bautismo, se presentan como una unidad que contiene múltiples elementos:

Efesios 4:3-6: “Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de

vuestras vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y por todos, y en todos.”

Otro texto en el que se contempla claramente el sentido semítico de la unidad compuesta es el que hallamos en Génesis 27:43-44:

“Ahora pues, hijo mío, obedece a mi voz; levántate y huye a casa de Labán mi hermano en Harán, y mora con él algunos días, hasta que el enojo de tu hermano se mitigue.”

La palabra traducida por “*algunos*” es la voz hebrea “*ejadim*”, es decir, el plural de “*ejad*”, por cuanto se considera que el período de tiempo que ha de transcurrir hasta que se calme la cólera de Esaú, son unos días que conforman una unidad constituida por partes, por días, integrantes. El número plural se emplea en coherencia con el sustantivo plural “*días*”.

Otro texto en el que encontramos la Unidad Divina junto con su composición de Personas, es el que hallamos en Génesis 33:20, cuando Jacob erige un altar a Dios, y se expresa en los siguientes términos: “*Y erigió allí un altar, y lo llamó El-Elohe-Israel*”, literalmente “*Dios, el Dios de Israel*”. La voz “*El*”, “*Dios Fuerte*”, está en el número singular, y su sentido es el de “*Dios Poderoso*”; “*Elohe*” está en número plural; y de la combinación de ambas palabras se construye esta frase: “*Dios, el Dios de Israel*”, con la cual se afirma al mismo tiempo la unidad y la pluralidad, es decir, la unidad compuesta de la Deidad.

Respecto al argumento esgrimido por algunos críticos con relación al *plural mayestático*, conocido también por *plural real*, y que hallamos en numerosos pasajes bíblicos, como en la creación del ser humano, en Génesis 1:26 --“*Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza*”— por el que aducen el hecho cierto de que era una fórmula empleada ya por los monarcas persas, sólo puede presentarse un caso, muy discutible, que se halla en Esdras 4:18, donde el rey Artajerjes dice: “*La carta que nos enviasteis fue leída claramente delante de mí.*” Y decimos que incluso esta única referencia en labios de un monarca es muy discutible porque resulta evidente que la carta a la que se hace referencia debió ser leída en

presencia de otros, comprendido el traductor de la misiva. De ahí el contraste entre el empleo de los pronombres personales “nos” y “mí”.

Por otra parte, es importante tener en consideración que la mayoría de los eruditos bíblicos afirman que la fórmula del plural mayestático no fue usada por los monarcas hebreos durante la época bíblica. Hemos de esperar a los tiempos siguientes a la redacción de las Sagradas Escrituras para encontrar esta expresión de la realeza. Además, esta fórmula sólo se empleaba para dirigirse a alguien, no para referirse a uno mismo, por lo que es evidente que Dios habla con alguien de su misma dignidad cuando expresa su decisión de crear al ser humano. Por consiguiente, no podemos aceptar que en Génesis 1:26 hayamos de entender que Dios habla con los ángeles ni con nadie que no sea Él mismo, y las razones son las siguientes: Primeramente, porque Dios dijo: “*Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza*”, cuando sólo Dios es Creador. En segundo lugar, porque el hombre no fue hecho en conformidad con los ángeles, sino a la imagen y semejanza de Dios. Por consiguiente, estos argumentos modalistas carecen de fundamento contra la expresión plural de las Personas divinas.

Son muy numerosos los ejemplos que hallamos en las Escrituras respecto a la unidad compuesta. Pero quizá el de mayor alcance sea el texto de Jeremías 32:39, donde la voz “*ejad*” se utiliza para referirse a la unidad del pueblo de Dios bajo el Nuevo Pacto prometido por el Señor a través del profeta:

“Y les daré un corazón, y un camino, para que me teman perpetuamente, para que tengan bien ellos, y sus hijos después de ellos.”

Los pasajes que nos hablan de la existencia de las Personas divinas dentro de la Unida de la Deidad son innumerables, pero en todos y cada uno de ellos se conjugan la unidad y la pluralidad divina. Vamos a ver algunos ejemplos:

1ª Juan 5:7: “Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: El Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno.”

Juan 17:11, 20-23: “Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre Santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros... Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.”

Es evidente el sentido de “*unidad*” de estas palabras. Sin embargo, hay una clara referencia a las tres Personas distintas: El Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Las tres son “*uno*”, pero se les trata individualmente en las Escrituras:

1ª Corintios 8:5-6: “Pues aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo, o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores), para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él.”

Estos textos muestran que hay tres personas en la perfecta unidad divina.

El Padre es llamado Dios: 1ª Corintios 8:6: “*Un Dios, el Padre.*”

El Hijo es llamado Dios:

Isaías 9:6-7: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.”

Hebreos 1:8: “Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino.”

Juan 1:1-2, 14: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.”

El Espíritu Santo es llamado Dios:

Hechos 5:3-4: “Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? Y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios.”

Individualmente, cada una de las Personas es llamada “Dios”. Colectivamente, la Escritura habla de un solo Dios, por cuanto la unidad de las tres Personas es absoluta y perfecta. Es decir, la voz “Dios” es una singularidad dentro de la cual hay pluralidad. Todo cuanto pertenece a Dios colectivamente, también pertenece a cada una de las tres Personas divinas:

Juan 16:13-15: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.”

Sin embargo, hay algunas particularidades respecto a posición, oficio y obra que son propias de cada una de las tres Personas divinas. Por ejemplo: El Padre es la Cabeza de Cristo: 1ª Corintios 11:3: “*Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo.*”

El Hijo es el Unigénito del Padre: 2ª Juan 1:3: “Sea con vosotros gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre, en verdad y en amor.”

Y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo: Juan 14:16: “Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: El Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros.”

Hechos 2:3-4: “Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.”

EL NOMBRE “ELOHIM”:

Los nombres bíblicos para expresar la realidad y experiencia de la Deidad, su poder supremo, conocimiento, justicia, verdad, benevolencia, pureza, santidad y eternidad, son muchos y muy ricos desde la perspectiva histórica y lingüística. Su etimología y carga semántica son de una riqueza desbordante. Las designaciones en las Sagradas Escrituras comprenden:

“El”, “Poderoso, Todopoderoso”, nombre que aparece en numerosísimos pasajes de la Biblia combinado con otras voces, tales como “El Shadái”, “Dios Altísimo”, con referencia a las “montañas”, muy frecuente en las pasajes que relatan las revelaciones y manifestaciones del Eterno a los patriarcas de Israel.²²

“El Olam”, “Dios Eterno”.²³

“El Elohéi Israel”, “Dios, el Dios de Israel”.²⁴

“El Elión”, “Dios Superior”.²⁵

“Adonai”, “Mi Señor”, nombre muy frecuentemente combinado con el *Tetragrama* o “Shem Hameforash”, “Nombre de las Cuatro letras”, formado con las consonantes “Yod”, “Hei”, “Vav” y “Hei”. Su raíz está en la expresión “Eheié asher eheié”, traducida literalmente a todas las lenguas occidentales como “Yo Soy El Que Soy”, aunque su sentido parece indicar que el Señor se revela como Aquel que no está atado ni al tiempo ni al espacio, y cuya presencia siempre acompañará a su pueblo, como se

²² Génesis 17:1; 28:3; 35:11.

²³ Génesis 21:33.

²⁴ Génesis 33:20.

²⁵ Deuteronomio 32:8. También en el diálogo entre Abraham y Melquisedec: Génesis 14:18-22.

desprende de las instrucciones que el Señor le da a Moisés en su llamamiento y posterior comisión:

Éxodo 3:12-14: “Ve, porque yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte. Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: Yo Soy El Que Soy. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: Yo Soy me envió a vosotros.”

Este es el Nombre personal de Dios en el Antiguo Testamento. Fue revelado por primera vez a Moisés, quien naturalmente lo emplea en la redacción del Pentateuco desde el principio:

Éxodo 6:2-3: “Habló todavía Dios a Moisés, y le dijo: Yo soy Jehová. Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente (“El Shadai”), mas en mi nombre Jehová no me di a conocer a ellos.”

Su escritura con cuatro consonantes se debe a que el hebreo primitivo carecía de vocales escritas. Sabemos que por reverencia y protección de su santidad, para evitar usarlo en vano, dejó de pronunciarse hacia el siglo tercero antes de Cristo, y en su lugar se leía “*Adonai*”. Esto está confirmado por la versión Septuaginta de la Biblia, donde se emplea el griego “*Kyrios*”, “*Señor*”, en todos los pasajes donde aparece el Tetragrama. Para recordar esto al lector, la medida empleada por los rabinos consistió en escribirlo con las vocales “e”, “o” y “a”, después de que los masoretas desarrollaran un sistema de vocalización escrita para la lengua hebrea.²⁶

²⁶ El Nombre propio de Dios era pronunciado correctamente por los sacerdotes de la época del Primer Templo. El Sumo Sacerdote de Israel también lo pronunciaba en el Lugar Santísimo del Templo de Jerusalem en los días más solemnes, como el “Yom Kipur”, “Día de la Expiación o del Perdón”, así como en el “Bircat Cohanim”, la “Bendición Sacerdotal” (Números 6:24-26).

Desde finales de la Edad Media, en los círculos cristianos comenzó a leerse en su forma latina como “*Jehová*”. Todos los hebraístas concuerdan en que la pronunciación original del Tetragrama debió de haber sido “*Yahveh*”.

La abundancia de designaciones para la Deidad parece ser ya una indicación de la *pluriunidad divina*. Los nombres de Dios implican pluralidad de Personas dentro de una unidad perfecta, especialmente la voz hebrea “*Elohim*”, que traducimos por “*Dios*” en Génesis 1:1 y en 2.700 textos más del Antiguo Testamento. Se trata de un sustantivo *uniplural* que significa “*más de uno, dentro de una unidad absoluta*”. De lo contrario, el autor sagrado hubiera empleado la voz “*El*”, mediante la cual no habría resaltado la implicación de la *unipluralidad divina*.

Sin embargo, en esta referencia inicial a Dios, el Espíritu Santo guió a Moisés a emplear “*Elohim*” en vez de “*El*”. La forma singular “*Eloa*” aparece en muy pocos casos.²⁷ El estudio estadístico de esta dos voces prueba que en el curso de las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento, el nombre “*El*” sólo se usa una vez de cada diez ocasiones en las que se emplea “*Elohim*”, lo cual prueba una gran insistencia por parte de la Palabra revelada por destacar el sentido *uniplural* de la naturaleza divina.

En la primera declaración de las Sagradas Escrituras, es decir, en Génesis 1:1, cuando se afirma que “*En el principio creó Dios los cielos y la tierra*”, la voz “*Dios*” en nuestras Biblias en las lenguas occidentales corresponde al original “*Elohim*”, y que, como todo estudiante de la lengua hebrea sabe, corresponde, en la terminación “*yod*” y “*mem*”, al masculino plural. Es el mismo caso de las voces “*serafim*” y “*querubim*”.

Cuando vamos al texto de Éxodo 20:3 hallamos la clave de lo que pretendemos decir: “*No tendrás dioses ajenos delante de mí.*” ¿Y cuál pensamos que es la palabra hebrea que en este versículo traducimos por “*dioses*”? Pues, sencillamente, “*elohim*”, en un claro ejemplo de paranomasia bíblica, pues “*ajenos*” es “*ejerim*”, con el matiz de “*extraños*”.

²⁷ “*Eloa*” aparece en Deuteronomio 32:15.

Es el mismo caso que se nos presenta en Deuteronomio 13:1-3:

“Cuando se levantara en medio de ti profeta, o soñador de sueños, y te anunciara señal o prodigios, y si se cumpliera la señal o prodigio que él te anunció, diciendo: Vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámosles; no darás oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma.”

La expresión “*dioses ajenos*” (“*otros*”, “*extraños*”) es exactamente la misma que hemos visto en el Primer Mandamiento del Decálogo.²⁸ Considerando, pues, que el texto hebreo del Antiguo Testamento nos ha llegado sin distinción entre letras mayúsculas y minúsculas, es evidente que la diferenciación entre la voz “*Elohim*” aplicada a los “*dioses*” o al Dios Eterno, no se puede hacer mediante la distinción ortográfica en el original, sino mediante el contexto de su aparición, lo cual nos permite hacer la matización en nuestra traducción empleando la forma plural y la inicial minúscula cuando se trata de “*dioses ajenos*” o de “*ídolos*”, y la forma singular con letra inicial mayúscula cuando se refiere a la Deidad. De esa manera expresamos el sentido de la Unidad Perfecta de Dios nuestro Señor, dentro de la cual existen y se revelan las tres Personas divinas del Padre, y del Hijo o Verbo, y del Espíritu Santo.

En Génesis 3:22, donde Dios afirma que “*el hombre es como uno de nosotros*”, el texto concuerda con el plural de Génesis 1:26, donde el Señor afirma: “*Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza.*” Es evidente que quien habla en estos pasajes, el Dios que por sí mismo existe, se dirige a otro que es de su misma naturaleza, como se desprende de la expresión “*como uno de nosotros*”.

Esto igualmente concuerda con el texto de Génesis 11:7, respecto a la destrucción de la Torre de Babel:

²⁸ Éxodo 20:3; 18:11; Jueces 10:13.

“Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero.”²⁹

Este sentido de *unipluralidad* se muestra también en varios textos en ambos Testamentos. El primero que vamos a considerar es un texto más que sorprendente, en el que se señala a dos Señores, uno en la tierra y el otro en los cielos:

Génesis 19:24: “Entonces Jehová hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego de parte de Jehová desde los cielos.”

En el Salmo 110:1-5, texto mesiánico por excelencia, vemos a las Personas del Padre y del Hijo:³⁰

“Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Jehová enviará desde Sión la vara de tu poder; domina en medio de tus enemigos. Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad. Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud. Juró Jehová, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. El Señor está a tu diestra; quebrantará a los reyes en el día de su ira. Juzgará entre las naciones.”

²⁹ 1º Reyes 3:12: “Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento.” Aquí “Creador”, hebreo “Boréaj”, está en número plural, conforme a la vocal que lo acompaña, y que une al pronombre personal “tu”. Exactamente lo mismo acontece en el texto del Salmo 149:2: “Alégrese Israel en su Hacedor; los hijos de Sión se gocen en su Rey.” Aquí “Hacedor” es igualmente voz plural.

³⁰ El Salmo 110 es reconocido en la literatura rabínica como alusivo a la persona del Mesías. En él se emplea la voz “Adonai”, “mi Señor” o “Señor mío”, para referirse al Mesías. Esta voz es igualmente la forma plural o dual de “Adón” seguida del sufijo “yod”, resultando en forma dual y al mismo tiempo unida al adjetivo posesivo personal “mi” o el pronombre personal posesivo “mío”, ambos en singular. Siendo un título reservado para Dios, queda evidenciado que en la declaración que el Señor hace al Dios del salmista, se manifiesta la Divinidad del Mesías dentro de la Unidad de la Deidad.

Jesús recurre a este pasaje cuando les pregunta a los fariseos acerca de la Persona del Mesías:

Mateo 22:41-46: “Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David. Él les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie le podía responder palabras; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más.”

Hechos 2:33-36: “Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.”

Dos o incluso las tres Personas de la Santísima Trinidad, la *Triunidad Divina*, son mencionadas en las introducciones de varios libros del Nuevo Testamento, como es el caso de las Epístolas a los Romanos, Santiago, 1ª Corintios y 1ª Pedro, entre otras. Esta incidencia no sería precisa si sólo se tratara de expresiones o manifestaciones de una exclusiva Persona divina.

JESÚS NO ES EL PADRE:

Hay un solo texto en toda la Biblia que se refiere a Jesús como Padre. Se encuentra en Isaías 9:6, y en él es evidente que el profeta está mirando hacia el futuro para decirnos que el Dios Eterno vendrá a esta tierra y que nacerá en la forma y manera de un niño, para estar entre nosotros como uno de nosotros, y en esa condición dar su vida por nosotros. Dice así:

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz.”

Su nacimiento, sin embargo, no sería como el del resto de los mortales, en conformidad con las leyes del engendramiento natural, sino que nacería de una virgen, es decir, de una mujer doncella³¹, aún no desposada con varón:

Isaías 7:14: “Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emmanuel (“Dios con nosotros”).”

Esto debió de ser lo que tenía en mente el proverbista, cuando se expresa en Proverbios 30:4, diciendo:

“¿Quién subió al cielo, y descendió? ¿Quién encerró los vientos en sus puños? ¿Quién ató las aguas en un paño? ¿Quién afirmó todos los términos de la tierra? ¿Cuál es su nombre, y el nombre de su hijo, si lo sabes?”

³¹ Hebreo “alma”, “joven no casada”.

Llamar al Santo Ser que nacerá "*Padre eterno*" es un *hebraísmo*, es decir, un modismo hebreo para decirnos que en Jesús estará presente el Padre. El propio Jesús lo explica más allá de toda duda cuando afirma en Juan 14:9-11:

"¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras."

El hebraísmo "*ser llamado por un nombre*" significa que se denomina a alguien conforme a su naturaleza. También hallamos en las Escrituras la práctica de denominar a alguien por el nombre de otra persona, a veces con el sentido de ser partícipes de su naturaleza o vocación, pertenecer a su familia, estar bajo su soberanía o gozar de su amparo y protección. Veamos algunos casos:

Isaías 4:1: "Echarán mano de un hombre siete mujeres en aquel tiempo, diciendo: Nosotras comeremos de nuestro pan, y nos vestiremos de nuestras ropas; solamente permítenos llevar tu nombre, quita nuestro oprobio."

Isaías 63:19: "Hemos venido a ser como aquellos de quien nunca te enseñoreaste, sobre los cuales nunca fue llamado tu nombre."

Jeremías 14:9: "¿Por qué eres como hombre atónito, y como valiente que no puede librar? Sin embargo, tú estás entre nosotros, oh Jehová, y sobre nosotros es invocado tu nombre; no nos desampares."

Daniel 9:19: "Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo."

No olvidemos que el hebraísmo “*padre*” puede tener también otros sentidos, como en el caso de Abraham, quien es llamado “*padre de muchos pueblos*”:

Génesis 17:5: “Y no se llamará más tu nombre Abram³², sino que será tu nombre Abraham³³, porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes.”

También se emplea la voz “*padre*” en las Escrituras para referirse a alguien de cuida de otro como si fuera su verdadero padre. Curiosamente, se nos dice que José fue hecho “*padre*” del Faraón, y Job fue “*padre*” para los pobres:

Génesis 45:8: “Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios, que me ha puesto por padre de Faraón y por señor de toda su casa, y por gobernador en toda la tierra de Egipto.”

Job 29:16: “A los menesterosos era padre, y de la causa que no entendía, me informaba con diligencia.”

Naturalmente, el apelativo “*padre*” se emplea en la Biblia para referirse a Dios como Creador, y también para resaltar el amoroso cuidado por su pueblo:

Isaías 64:7-9: “Nadie hay que invoque tu nombre, que se despierte para apoyarse en ti; por lo cual escondiste de nosotros tu rostro, y nos dejaste marchitar en poder de nuestras maldades. Ahora, pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros. No te enojas sobremanera, Jehová, ni tengas perpetua memoria de la iniquidad; he aquí, mira ahora, pueblo tuyo somos todos nosotros.”

³² Abram: “Padre enaltecido”.

³³ Abraham: “Padre de una multitud”.

Malaquías 2:10: “¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios? ¿Por qué, pues, nos portamos deslealmente el uno contra el otro, profanando el pacto de nuestros padres?”

Salmo 68:5: “Padre de huérfanos y defensor de viudas es Dios en su santa morada.”

Salmo 103:13: “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen.”

Jeremías 31:9: “Irán con lloro, mas con misericordia los haré volver, y los haré andar junto a arroyos de aguas, por camino derecho en el cual no tropezarán; porque yo soy a Israel por padre y Efraín es mi primogénito.”

En Isaías 9:6, la designación “*Padre eterno*” podría traducirse perfectamente, sin traicionar el sentido original, sino antes bien destacándolo y clarificándolo, por “*Padre de Eternidad*”, “*Padre de Perpetuidad*” o “*Padre de la Creación*”. De ahí que pueda aplicarse al Hijo, por cuanto por Él fueron creadas todas las cosas:

Juan 1:3: “Todas las cosas por él (el Verbo) fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.”

Colosenses 1:15-16: “Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisible; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él.”

La palabra apostólica también explica el sentido de la presencia del Padre en el Hijo:

Colosenses 2:8-9: “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.”

La habitación corporal de Dios en Cristo Jesús durante su ministerio terreno no impide que el Padre esté en los cielos:

Mateo 5:16, 34, 44-45, 48; 6:9-10: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos... Yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalem, porque es la ciudad del gran Rey... Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos... Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto... Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.”

La Escritura da testimonio de que ahora Cristo está a la diestra del Padre, y allí nos confesará delante de Él:

Mateo 10:32-33: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.”

Apocalipsis 3:5: “El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante mi Padre y delante de sus ángeles.”

Hebreos 7:22-25: “Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.”

Hebreos 8:1-2: “Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre.”

La oración de Jesús al Padre como Persona es una constante en los Evangelios:

Mateo 11:25-26: “En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó.”

El texto griego de Juan 15:26 nos revela algo de sumo interés al respecto de lo que venimos viendo:

“Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí.”

Este es otro de los textos en los que hacen acto de presencia las tres benditas Personas de la Deidad. La preposición griega en este versículo, que se repite dos veces (“os enviaré del Padre”, y “el cual procede del Padre”), es “parà”, que encontramos en la raíz de diversos vocablos castellanos, tales como “paralelo”, por cuanto tiene el sentido de “discurrir a lo largo de algo o de alguien”. De ahí que se emplee en este contexto para destacar el hecho de que Jesús, el Padre y el Santo Consolador no son la misma Persona.

Si el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo fueran la misma Persona, el texto de Juan 15:26 significaría algo semejante al siguiente despropósito: “Pero cuando yo venga, el Consolador, que soy yo mismo, a quien enviaré de mí mismo, el Espíritu de verdad, el cual procede de mí mismo, entonces yo mismo daré testimonio de mí mismo.”

Recordemos también la oración de Jesús al Padre cuando estaba a punto de llamar a su amigo Lázaro a la vida:

Juan 11:41-42: “Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado.”

Jesús en su oración expresa ante el Padre que ora en los términos en que lo hace para que los presentes entiendan lo que está ocurriendo, y lo que está a punto de acontecer. Si Jesús fuera la misma Persona que el Padre, no hablaría consigo mismo simulando que estaba conversando con otra Persona. Aquello habría engañado y confundido a los presentes y a nosotros.

Para el modalismo, los textos de Juan 8:16-18 y 11:41 son simplemente ejemplos de la interacción de la naturaleza humana con la naturaleza divina de nuestro Señor Jesucristo:

“Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre. Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí... Padre, gracias te doy por haberme oído.”

Es decir, que en estos pasajes, según el modalismo, la naturaleza humana de Jesucristo estaría hablando de y con su propia naturaleza divina. Semejante interpretación sale de toda lógica comprensión. Primeramente, porque según la Santa Ley de Dios los dos testigos que se requerían habían de ser dos personas, no dos naturalezas. El testimonio había de proceder de dos personas, no del cuerpo y del espíritu de un testigo, por cuanto ambos planos pertenecen a una misma persona. En segundo lugar,

uno de esos testigos podía ser un hombre que fuera al mismo tiempo padre, hermano e hijo, pero su naturaleza de “hijo” no podría hablar con su naturaleza de “padre”.

El texto de Juan 17:5 nos revela algo de suma importancia al respecto de lo que venimos estudiando:

“Ahora, pues, Padre glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.”

Considerando que la naturaleza humana de Cristo no existía antes de la fundación del universo, no podemos admitir que ésta fuera la que hablara a su naturaleza divina, sino que era la Persona divina del Hijo, el Verbo que es Dios, y por lo tanto de la misma sustancia del Padre, quien habla a la Persona divina del Padre.

Esto se desprende también del texto de Mateo 28:19: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.” La gramática griega indica en este texto que el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo son personas distintas de un solo Dios. ¿Por qué? Porque la regla gramatical griega consiste en que cuando dos nombres o sustantivos en el mismo caso estén separados y conectados por la conjunción copulativa “kai”, y el primer nombre va precedido por el artículo, pero el segundo va sin él, se está hablando de una sola persona descrita por ambos nombres. Por el contrario, cuando ambos van precedidos por el artículo definido, entonces se está hablando de dos personas distintas.³⁴

Este es precisamente el caso que nos ocupa respecto al texto de Mateo 28:19. Lo mismo se desprende de otros textos, tales como 2ª Corintios 13:14 y Romanos 15:30:

“La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén.”

³⁴ Orey, Robert, “The Trinity: Evidence and Issues”, Word Publishing, Grand Rapids, USA, 1996.

“Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios.”

El problema de interpretación de la Unidad del Padre y del Hijo, y al mismo tiempo de sus respectivas personalidades, radica en el hecho de que el mencionar la palabra “Hijo” sugiere inmediatamente la voz correlativa “Padre”. Naturalmente, en el lenguaje estrictamente humano el término “Padre” suscita siempre la idea de mayor en edad que el “Hijo”. Sin embargo, tratándose del Hijo de Dios, no estamos refiriéndonos a un progenitor y un descendiente, sino a dos de las tres Personas divinas.

En consecuencia con la enseñanza de las Sagradas Escrituras, el Hijo es coexistente con el Padre desde los días de la eternidad, como afirma el profeta Miqueas 5:2:

“Pero tú, Belén Éfrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.”

Estas “salidas” desde los días de la eternidad nos llevan a considerar la aparición del “Ángel de Jehová” en muchos pasajes del Antiguo Testamento. ¿Quién es este personaje? ¿Se trata de un ángel más entre otros? Cuando examinamos los pasajes en donde aparece o se menciona al Ángel del Señor comprendemos que se trata de una de las Personas de la Deidad.

En Génesis 16:7, leemos así respecto a Agar, sierva de Sara, después de que aquélla hubiera sido expulsada de la casa por ésta: *“Y la halló el Ángel de Jehová junto a una fuente de agua en el desierto, junto a la fuente que está en el camino de Sur.”*

Después, en los versículos 13-14, Moisés afirma que Agar “llamó el nombre de Jehová que con ella hablaba: Tu eres Dios que ve; porque dijo: ¿No he visto también aquí al que me ve? Por lo cual llamó al pozo: Pozo del Viviente-que-me-ve.”

En Génesis 18:1 hallamos la siguiente declaración: *“Después le apareció (a Abraham) Jehová en el encinar de Mamre, estando él sentado a la puerta de su tienda en el calor del día.”* Inmediatamente después se nos dice que en esta aparición del Señor, Abraham vio a tres varones: *“Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él; y cuando los vio, salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, y se postró en tierra.”* (Génesis 18:2).

Pero lo más sorprendente de la escena es que cuando Abraham se dirige a los tres varones, los llama *“Adonai”*, *“Señor”*, en singular, empleando uno de los títulos divinos; y del mismo modo, los tres varones se dirigen a Abraham en la primera persona del singular:

“Y dijo (Abraham): Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo... Entonces dijo (los tres varones): De cierto volveré a ti; y según el tiempo de la vida, he aquí que Sara tu mujer tendrá un hijo.” (Génesis 18:3, 10).

Que es Dios quien está expresándose en esta teofanía por medio de la manifestación de las tres Personas divinas, se desprende de la reacción del Eterno ante la risa de Sara, quien ha escuchado que en un año tendría un hijo:

“Entonces Jehová dijo a Abraham: ¿Por qué se ha reído Sara diciendo: ¿Será cierto que he de dar a luz siendo ya vieja? ¿Hay para Dios alguna cosa difícil?” (Génesis 18:13-14).

No debe sorprendernos, pues, que una de las tres Personas divinas se revistiera de carne humana cuando se cumplió el tiempo, y el Verbo, cuyas salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad, fuera hecho carne y habitara entre nosotros.

Este *“Ángel del Señor”* es quien se manifiesta ante Moisés en la escena de la zarza ardiente: Éxodo 3:2:

“Y se le apareció (a Moisés) el Ángel del Señor en una llama de fuego en medio de una zarza, y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía.”

Después, en el versículo 4, hallamos la siguiente aclaración respecto a quién era quien hablaba con Moisés:

“Viendo Jehová que él (Moisés) iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí.”

De modo que en el versículo 2, quien se manifiesta a Moisés es llamado “Ángel de Jehová”; en el versículo 4 se le denomina “Jehová” y “Dios”. La identificación, pues, del Ángel de Jehová con Dios nuestro Señor es completa y absoluta.

En el libro de Malaquías 3:1-2 hallamos un texto en el que se anuncia la llegada de un mensajero del Señor que precederá al Ángel del Pacto y preparará su camino, y que el Señor vendrá inesperadamente y hará acto de presencia en su templo:

“He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el Ángel del Pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿O quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores.”

Este mensajero que preparará el camino del Señor será Elías, y después Juan el Bautista, quien estará cubierto con la misma unción profética de Elías. Así lo manifiestan los dos últimos versículos del libro del profeta Malaquías 4:5-6:

“He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición.”

Jesús se expresa respecto a Juan el Bautista en los mismos términos: Mateo 11:14; 17:12-13:

“Y si queréis recibirlo, él (Juan el Bautista) es aquel Elías que había de venir... Mas os digo que Elías ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista.”

Si aplicamos las reglas del paralelismo sinonímico hebreo a estos textos que hemos considerado como ejemplo, es evidente que *“Señor”, “Dios”, Ángel del Señor”* y *“Ángel del Pacto”* son expresiones que se refieren a la misma Persona divina, es decir, el Hijo y Verbo que se hizo carne hace unos dos mil años, pero cuyas salidas preencarnacionales son desde los días de la eternidad.

En la Epístola a los Filipenses hallamos unas palabras del apóstol Pablo que muestran contundentemente que Jesucristo es Dios-con- nosotros, y al mismo tiempo es Persona distinta del Padre:

“Haya pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.” (Filipenses 2:5-11).

Es evidente por este texto que Jesucristo, el Verbo encarnado, es Dios por cuanto existía en forma de Dios. Por consiguiente, cuando el apóstol Pablo manifiesta que Cristo es en forma de Dios, está diciendo que Él es Dios. Sin embargo, siendo la Persona divina del Verbo, del Hijo, puso a un lado la gloria exterior de su naturaleza esencialmente divina para penetrar hecho carne, como hombre, en la esfera de nuestra humanidad, por medio de su nacimiento virginal. Por eso es que también es hombre, por cuanto tomó forma de siervo.

Las dos naturalezas de nuestro bendito Salvador, divina y humana, son puestas de manifiesto en esta bellísima afirmación cristológica. Recordemos las palabras proféticas del ángel Gabriel a María de Nazaret:

“Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. Mas ella, cuando le vio, se turbó por sus palabras, y pensaba qué salutación sería esa. Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? Pues no conozco varón. Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios.”
(Lucas 1:26-35).

EL ESPÍRITU SANTO NO ES NI EL PADRE NI EL HIJO:

Ya en Génesis 1:1-2 aparece el nombre de la unidad compuesta de Dios en el acto creador, e inmediatamente después se singulariza una de las Personas divinas, especificando su participación en la obra magna de la Creación del Universo:

“En el principio creó Dios (“Elohim”) los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.”

La personalidad del Espíritu Santo se desprende de muchísimos pasajes de las Escrituras. Vamos a ver algunos ejemplos:

En el Salmo 51:11, David ruega a Dios pidiendo misericordia y perdón, y en medio de su plegaria se expresa de esta manera: *“No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu Santo Espíritu.”*

La Persona del Santo Espíritu se manifiesta muy claramente en la profecía de Isaías 11:1-2:

“Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová.”

El profeta habla del Santo Espíritu en términos de lo que el Santo Consolador hará para el Mesías y de lo que hará por medio de Él. Todos los atributos hablan de personalidad, no de una fuerza impersonal.

La personalidad del Espíritu Santo se manifiesta igualmente en las palabras del salmista, en el Salmo 139:7: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?”

El Espíritu Santo es Persona, y procede del Padre y del Hijo, por eso fue necesario que Jesús ascendiera a la gloria para que el Santo Consolador descendiera para quedarse. Es decir, fue necesario que Jesucristo fuera glorificado, para que el otro Consolador, el Espíritu Santo, fuera enviado en la forma y dimensión en que lo hizo en Pentecostés, de parte del Padre y del Hijo:

Juan 5:32: “Otro es el que da testimonio acerca de mí, y sé que el testimonio que da acerca de mí es verdadero.”

Juan 16:5-15: “Ahora voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.”

Juan 7:37-39: “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él.; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.”

El Espíritu Santo fue enviado por el Padre para ungir con poder al Hijo, a Jesucristo, en su condición de hombre entre los hombres. Esto explica la necesidad de la existencia

de las tres Personas dentro de la perfecta unidad del Dios Eterno: Aquél que lo envió, el Enviado, y Aquél que lo recibió.

Vemos esta clara distinción entre el Hijo que ora, el Padre a quien el Hijo ora, y el Santo Espíritu por quien el Hijo ora:

Juan 14:16: “Y yo (Jesús) rogaré al Padre, y os dará (el Padre) otro Consolador, para que esté (el otro Consolador, el Espíritu Santo) con vosotros para siempre.”

El descendimiento del Espíritu Santo marcó la llegada de Jesucristo a los cielos para sentarse a la diestra de Dios Padre, mostrando el distintivo entre las tres Personas de la Deidad:

Hechos 2:32-33: “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado (Jesús) por la diestra de Dios, y habiendo recibido (Jesús) del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado (Jesús) esto que vosotros veis y oís.” (Ver también Juan 7:39).

Jesucristo es Dios; el Espíritu Santo es Dios, y el Padre es Dios. Pero Jesús no es el Espíritu Santo, ni es el Padre. Tampoco el Padre es Jesucristo, ni el Espíritu Santo. Por consiguiente, las doctrinas de los “*Sólo Jesús*” no pueden reconciliarse con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras.

El modalismo se enfrenta a un serio dilema respecto a la naturaleza de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo. Modalistas y trinitarios estamos completamente de acuerdo respecto a las dos naturalezas de nuestro Señor, divina y humana, verdadero Dios y verdadero hombre. Pero el modalismo confiesa que Dios no es tres Personas sino una sola.

Por consiguiente, el modalismo se encuentra entre la espada y la pared. Ha de tomar una de dos posturas respecto a la naturaleza de Jesucristo. El planteamiento es el siguiente: o bien Jesucristo es una Persona que tiene una naturaleza divina y una

naturaleza humana; o bien, Jesucristo es realmente dos Personas, una humana y otra divina.

La aceptación de creer en Jesucristo como una sola Persona dotada de dos naturalezas, divina y humana, debilita notablemente la postura modalista, especialmente en lo que se refiere a su enseñanza de que las dos naturalezas puedan hablar entre sí. Pero la segunda opción suscita una dificultad mucho mayor para la argumentación modalista. Si afirman que cuando Jesús habla en primera persona del singular son realmente dos las Personas que están hablando, o bien una haciéndolo en nombre de otra, entonces están reconociendo que varias Personas pueden hablar como si fueran una sola. Y si eso es así, el argumento moralista que afirma que Dios es una sola Persona porque revela su Palabra en las Escrituras frecuentemente en forma singular, se desmorona por su propio peso.

Juan 12:50: “Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho.”

LA FÓRMULA DE LA ADMINISTRACIÓN DEL BAUTISMO CRISTIANO EN LAS AGUAS:

Bautizamos en conformidad con las palabras de nuestro único Señor y Maestro Jesucristo, según Mateo 28:19. Son las palabras de Jesús, sin quitar ni añadir:

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”

El argumento de los “*Sólo Jesús*” radica en su afirmación respecto a que esta fórmula no aparece ni una sola vez en el libro de los Hechos de los Apóstoles, lo que, según ellos, significa que se trataba de una fórmula desconocida para la iglesia naciente. También afirman que las palabras “*Padre*” e “*Hijo*” y “*Espíritu Santo*” no constituyen “*nombres*”, mientras que el resto de la Cristiandad creemos que lo son. Creemos que la propia estructura de la frase evidencia que el “*Padre*” es un Nombre, el “*Hijo*” es un Nombre, y el “*Espíritu Santo*” es un Nombre. ¿Por qué? Porque no se emplean estas voces en sentido común y genérico como cualquier “*padre*”, cualquier “*hijo*” y cualquier “*espíritu*”. (Esto último sería realmente horrendo, por cuanto sólo hay un Espíritu que procede del Padre y del Hijo, mientras que los demás “*espíritus*” son de procedencia maléfica, siempre y sin excepción). Afirmamos, pues, que las designaciones de “*Padre, Hijo y Espíritu Santo*” son nombres propios y no generalizaciones comunes.

En Isaías 9:6 se dice que “*se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz.*” Los seguidores de la doctrina “*Sólo Jesús*” dirían que cada uno de estos apelativos es simplemente un título. Sin embargo, el texto de la profecía de Isaías afirma que se trata de un nombre: “*Se llamará su nombre...*” Curiosamente, este es el único texto de las Sagradas Escrituras donde se le llama “*Padre eterno*” a Jesucristo, dándosele ese “*nombre*” de “*Padre*” seguido del título “*Eterno*”, como adjetivo que sigue y califica al nombre.

Isaías emplea aquí cinco nombres profético-mesiánicos, y bajo la inspiración divina escoge específicamente el singular al afirmar que *“su nombre será llamado...”*, es decir, *“su persona será llamada...”*.

El examen detenido del libro de los Hechos de los Apóstoles no nos da ninguna fórmula bautismal. No hay un solo registro de la fórmula empleada para el bautismo en las aguas. Por consiguiente, creemos que los partidarios de *“Sólo Jesús”* han leído algo que no se encuentra en el texto. Su error consiste en confundir las instrucciones de Pedro con una fórmula bautismal, y en consecuencia creer que las palabras del apóstol, al pedir a los congregados en Pentecostés que se arrepintieran y bautizaran en el nombre de Jesús, constituyen una fórmula de naturaleza litúrgica.

Estas palabras de Pedro no son una fórmula empleada por él estando en el agua con el catecúmeno. Son palabras sacadas de contexto. Cuando hallamos en Hechos 8:16 y 19:5 que *“fueron bautizados en el nombre de Jesús”*, observamos que *“Cristo”* se omite. Si, como afirman los seguidores de la postura *“Sólo Jesús”*, el apóstol Pedro hubiera recibido una revelación en Pentecostés respecto a la fórmula para administrar el bautismo en las aguas, haciéndolo *“en el nombre de Jesucristo”* (Hechos 2:38), entonces hemos de preguntarnos cómo se produjo la variación que hallamos en Hechos 8:16 y 19:5, donde se dice sólo *“en el nombre de Jesús.”*

Esto evidencia que no hay una fórmula preescrita o predeterminada para la administración del bautismo en las aguas. Por consiguiente, es lícito que nos formulemos algunas preguntas al respecto:

¿Hemos de bautizar *“en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”*, o *“en el nombre de Jesucristo”*, o *“en el nombre de Jesús”*, o *“en el nombre del Señor Jesucristo”*, o *“en el nombre del Señor Jesús”*, o simplemente *“en el nombre del Señor”*?

¿Vamos a construir nuestra fórmula bautismal basándonos en las palabras de Jesucristo, de Pedro, de Felipe o de Pablo? Y lo que es más grave, ¿vamos a satanizar a quienes no sigan nuestra fórmula particular?

Vamos a estudiar las palabras de Pedro en el día de Pentecostés, donde creemos que se encuentra la clave para entender este asunto. Para ello vamos a empezar por considerar seriamente que en ninguno de los pasajes donde se describe el bautismo se dan detalles respecto a la fórmula empleada, la ropa de los catecúmenos, ni ningún otro detalle aleatorio, por cuanto lo que se destaca en esos pasajes es la sagrada experiencia de los hombres y mujeres que bajan a las aguas del bautismo en respuesta a su fe en Jesucristo como único Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente:

Hechos 2:38: “Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.”

Hechos 8:14-17: “Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalem oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo”

Hechos 10:47-48: “Entonces respondió Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros? Y mandó bautizarles en el nombre del Señor Jesús.”

Hechos 19:4-6: “Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo. Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban.”

Las palabras empleadas en estos pasajes describen el fundamento y la experiencia del bautismo; es decir, la conversión, la fe en Cristo resucitado, el nuevo nacimiento y la novedad de vida, sin reparar en otros detalles:

Hechos 8:36-38: “Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado? Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Y mandó parar el carro; y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó.”

El punto principal del bautismo es, evidentemente, haber creído en Jesucristo para ser sepultados en las aguas, en la semejanza del enterramiento de Cristo Jesús, y a semejanza de su resurrección ser alzados de las aguas para vivir una vida nueva como sus discípulos, confesándole como nuestro único Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente. Al hacerlo con las palabras del propio Señor Jesús, es decir, *“en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”*, bautizador y bautizando estamos obedeciendo a las palabras explícitas de nuestro Señor y Maestro, las cuales no contradicen *hacerlo en el nombre de Jesucristo*, por cuanto hacerlo en su nombre es hacerlo como Él mismo dijo.

La administración del bautismo siguiendo las instrucciones de nuestro Señor Jesucristo en Mateo 28:19 (*“En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”*), se ajusta mucho más a lo que podría ser una fórmula bautismal, por cuanto las palabras son, primeramente del propio Señor; en segundo lugar, no precisan que se les añada ninguna otra palabra de la Escritura; y en tercer lugar, explicitan los nombres de las tres Personas de la Deidad. El propio bautismo en las aguas de nuestro Señor Jesucristo concuerda con la presencia de las tres Personas, Padre-Hijo-y-Espíritu Santo, como precedente de nuestro bautismo:

Mateo 3:16-17: “Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.”

Además, la administración del bautismo en las aguas repitiendo las palabras de nuestro Señor Jesucristo, es decir, *“en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”*, es el único mandamiento en toda la Biblia dado específicamente a quienes han de administrar el rito bautismal. Si examinamos minuciosamente todos los pasajes del libro de los Hechos de los Apóstoles que tratan del bautismo en las aguas o hacen alguna referencia al mismo, comprobaremos que todos los mandamientos a la

obediencia del bautismo van dirigidos a los creyentes, a los catecúmenos, y no al bautizador, a quien va a administrar la ordenanza. Sólo Mateo 28:19 es orden directa a los administradores del bautismo, con las instrucciones precisas de hacerlo *“en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.”*

Es impensable que los apóstoles desobedecieran las claras instrucciones de nuestro Señor Jesucristo al respecto. La única conclusión lógica y coherente con las Sagradas Escrituras es que los apóstoles y discípulos no sólo obedecieron el mandamiento del Señor de bautizar a los nuevos discípulos, sino de hacerlo *“en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.”*

La abundancia de los textos de la patrística confirmando el uso de la fórmula bautismal trinitaria es tan inmensa que superaría por mucho la extensión que pretendemos en este ensayo. Podemos afirmar, por consiguiente, que la fórmula *“en el nombre de Jesucristo”* carece absolutamente de apoyo histórico. Bástenos recordar que la primera *“Apología”* de Justino Mártir fue escrita hacia el 153 d.C., es decir, unos ochenta y cinco o noventa años después de la muerte de los apóstoles Pedro y Pablo, y unos sesenta años después del fallecimiento del apóstol Juan. Justino fue discípulo de Policarpo, quien a su vez fue discípulo directo del apóstol Juan; y Justino, como los demás padres de la Iglesia, no duda en afirmar que la fórmula de Mateo 28:19 es la que debe emplearse en la administración de la ordenanza del bautismo en las aguas.

En la obra conocida por *“Las Enseñanzas de los Doce Apóstoles”* o *“Didaché”*, la escritura cristiana más antigua, aparte del Nuevo Testamento, redactada entre los años 70 y 100 d.C., constituida por una recopilación realizada por un autor anónimo de las enseñanzas de los apóstoles, recogidas por tradición oral o instrucciones personales de los mismos, se hallan también las normas apostólicas de administrar el bautismo mediante la fórmula trinitaria, sin que jamás aparezca otra.

Esta obra, aunque sin pretensiones de ser inspirada por el Espíritu Santo, razón por la cual nunca fue incluida en el canon del Nuevo Testamento, representa, sin embargo, un documento de suma importancia para conocer la vida y el pensamiento de los primeros cristianos, inmediatamente después de las epístolas neotestamentarias.

En este documento de la iglesia naciente se dan instrucciones explícitas respecto a la fórmula trinitaria bautismal, y curiosamente se instruye sobre la conveniencia de que el bautismo se efectúe en agua corriente. Este detalle reafirma la antigüedad del escrito, pues evidentemente corresponde a una época anterior a la utilización de baños, termas, y posteriormente bautisterios en las iglesias, entiéndase las *“casas de oración”* de los primeros cristianos.

El sentido de las palabras de Pedro en el día de Pentecostés, cuando el Espíritu de Dios descendió con poder de lo alto y convenció de pecado, justicia y juicio a los que se hallaban congregados y escucharon el discurso del apóstol, queda perfectamente aclarado cuando vamos al original griego del Nuevo Testamento. Cuando Pedro dice: *“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo”*, el griego dice *“epì toí onómati”*, expresión que sólo, única y exclusivamente significa *“por encargo de”*. Ahí queda expuesto a la luz el sentido de esta expresión. No se trata, pues, de una fórmula bautismal, sino la específica instrucción de bautizarse, de someterse a la obediencia del bautismo, por encargo del Señor Jesucristo, quien nos ordena en sus propias palabras que bauticemos a los nuevos discípulos *“en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.”*

Las instrucciones de Pedro de *“bautizarse en el nombre de Jesús”* van dirigidas a los creyentes, mientras que hacerlo *“en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”* va dirigido a quienes bautizarán a los nuevos conversos. Cuando comprendemos esto, que por otra parte es elemental, queda despejada cualquier duda que pudiéramos tener respecto a la fórmula que hemos de emplear en la administración del bautismo en las aguas que Jesús nos encargó.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD DE DIOS:

Primeramente confesamos que las Sagradas Escrituras afirman que Dios es perfecta Unidad:

Deuteronomio 6:4: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es.”

Isaías 45:21-22: “Proclamad, y hacedlos acercarse, y entren todos en consulta; ¿quién hizo oír esto desde el principio, y lo tiene dicho desde entonces, sino yo Jehová? Y no hay más Dios que yo; Dios justo y salvador; ningún otro fuera de mí. Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más.”

1ª Corintios 8:4: “Acerca, pues, de las viandas que se sacrifican a los ídolos, sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que no hay más que un Dios.”

En segundo lugar, confesamos que las Sagradas Escrituras afirman que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios:

El Padre es Dios, como se desprende de los siguientes textos bíblicos, comenzando por esta preciosa declaración trinitaria de la pluma inspirada del apóstol pescador:

1ª Pedro 1:2: “Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo.”

Juan 6:27: “Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre.”

Juan 20:17: “Jesús le dijo (a María Magdalena): No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.”

Gálatas 1:1: “Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos.”

Mateo 11:25-26: “En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó.”

Judas 1: “Judas, siervo de Jesucristo, y hermano de Jacobo, a los llamados, santificados en Dios Padre, y guardados en Jesucristo.”

El Hijo –Verbo- es Dios:

Juan 1:1, 14: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.”

Juan 8:58: “Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy.”

Juan 20:28: “Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!”

Hebreos 1:1-3: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación

de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.”

Colosenses 2:9: “Porque en Jesucristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.”

Tito 2:13: “Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.”

Isaías 40:3: “Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios.”

Mateo 3:1-3: “En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. Pues éste es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: Voz del que clama en el desierto; preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.”

Es evidente que la *“voz que clamaba en el desierto”* era Juan el Bautista, quien preparaba el camino a Cristo Jesús, nuestro Dios y Salvador.

El Espíritu Santo es Dios:

Hechos 5:3-4: “¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo...? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios.”

1ª Corintios 2:11: “Porque, ¿quién de los hombres conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.”

1ª Corintios 6:19-20: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.”

En tercer lugar, confesamos que el Padre es Persona, el Hijo es Persona, y el Espíritu Santo es Persona:

El Padre es Persona:

Podemos mantener comunión con Él: 1ª Juan 1:3: “Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.”

El Padre nos conoce: Mateo 6:6-8: “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad antes que vosotros le pidáis.”

El Padre revela: Mateo 16:17: “Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.”

El Padre ama: Juan 16:27: “El Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios.”

El Padre testifica: Juan 8:18: “Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí.”

El Padre tiene voluntad específica: Juan 5:30: “No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre.”

El Hijo es Persona:

Podemos mantener comunión con Él: 1ª Juan 1:3: “Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.”

El Hijo nos conoce: Mateo 11:27: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.”

El Hijo enseña: Juan 1:18: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.”

El Hijo ama: Romanos 8:35, 37-39: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?.. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.”

Gálatas 2:20: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.”

El Hijo testifica: Juan 8:18: “Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí.”

El Hijo tiene voluntad específica: Juan 5:30: “No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre.”

El Hijo puede ser contristado: Juan 11:35: “*Jesús lloró.*”

El Espíritu Santo es Persona:

Podemos mantener comunión con Él: Filipenses 2:1-2: “Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa.”

2ª Corintios 13:14: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén.”

El Espíritu Santo nos conoce: 1ª Corintios 2:11: “Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.”

El Espíritu Santo enseña: Lucas 12:12: “Porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debáis decir.”

1ª Corintios 2:13: “Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual.”

El Espíritu Santo ama: Romanos 15:30: “Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios.”

El Espíritu testifica: Hechos 20:23: “Salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones.”

Romanos 8:16: “El Espíritu Santo mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.”

El Espíritu tiene voluntad específica: 1ª Corintios 12:11: “Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.”

El Espíritu Santo puede ser contristado: Efesios 4:30: “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.”

En cuarto lugar, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se distinguen entre sí:

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo pueden enviarse uno al otro: Juan 3:17: “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.”

Juan 10:36: “¿Al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?”

Juan 14:23-26: “Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió. Os he dicho estas cosas estando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.”

Juan 15:26: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí.”

Juan 16:7: “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.”

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo pueden hablarse entre sí, como se desprende de las palabras de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, así como del testimonio apostólico:

Juan 17:1, 5, 8, 11, 13, 18, 20-23: “Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti... Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese... Porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste... Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre Santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros... Pero ahora voy a ti... Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo... Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste, La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.”

Romanos 8:26-27: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.”

Hebreos 1:7-8: “Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego. Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino.”

Mateo 17:5: “Mientras (Jesús) aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd.”

Marcos 1:9-11: “Aconteció en aquellos días, que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y luego, cuando subía del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.”

El Padre y el Hijo se aman y se honran uno al otro: Juan 3:35: “El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano.”

Juan 5:20: “Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace.”

Juan 14:31: “Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago.”

Cuando confesamos que Dios es Padre, es Hijo, y es Espíritu Santo, estamos afirmando lo que las Sagradas Escrituras enseñan. La síntesis de ello, de todas estas doctrinas que hemos visto, es lo que contiene la expresión “Santísima Trinidad de Dios”.³⁵

³⁵ Davis, John D., “God”, “The Westminster Dictionary of the Bible”, Westminster Press, Philadelphia, 1944.

LOS ARGUMENTOS EMPLEADOS POR LOS MODALISTAS DE NUESTROS DÍAS Y LAS RESPUESTAS BÍBLICAS TRINITARIAS:

No pretendemos ser exhaustivos al respecto de las respuestas escriturales a las objeciones modalistas modernas a la Trinidad Divina, sino aportar las que consideramos fundamentales para la recta aceptación de la absoluta unidad divina y la existencia de las tres Personas benditas del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El fundamental malentendido de los seguidores del modalismo de todos los tiempos radica en creer que los trinitarios enseñamos que Dios existe como tres Personas separadas. Nada más lejos de la realidad. Nuestra afirmación es que mientras que las tres Personas del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo son distintas, no son entidades separadas entre sí, sino, antes bien, integrantes de la unión hipostática de la Deidad, del mismo modo que las tres dimensiones espaciales corresponden a una sola realidad, que es el espacio, pero mantienen aspectos distintivos en cuanto a dimensiones. Esa figura puede aproximarnos al sentido de las tres Personas de la Divinidad, una e indivisible.³⁶

La doctrina trinitaria reconoce que la esencia divina del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, es una, sólo una, y absolutamente la misma; de manera que donde está una de las Personas divinas, allí también están las otras. Por consiguiente, como cristianos trinitarios no encontramos ninguna objeción en creer y afirmar que el Padre, y el Hijo,

³⁶ “Hipóstasis” es el término griego para denotar la sustancia, en tanto que realidad ontológica. Fue empleada con este sentido por primera vez por Plotino y los escritores cristianos de la época, quienes la aplicaron a las tres Personas divinas. El término se utiliza también como sinónimo de “metafísica”, en tanto que sustancialización de los conceptos respecto a su génesis material.

Plotino (205-270 d.C.). Formó parte del círculo de Ammonio Saccas, en Alejandría, de quien también fueron discípulos Orígenes, Longino y Herenio. Se distinguió por recoger niños huérfanos y abandonados y darles educación. Los escritos de este místico neoplatónico, sistematizados y publicados por su discípulo Porfirio, se desarrollan en torno a su obra central, bajo el nombre de “Enéadas”, término griego para referirse a 9 divinidades unidas, por constituir 54 tratados ordenados en seis grupos de nueve. Probablemente constituyan una de las obras de metafísica más sólidas de la antigüedad.

y el Espíritu Santo moran corporalmente en Jesucristo el Señor, si bien, aunque las tres Personas están presentes en Jesucristo, sólo una de ellas, el Hijo, es Cristo.

El Evangelio según Juan es el que más evidencias muestra de la Triunidad Divina. Comienza diciendo:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.” (Juan 1:1-3).

Hay tres verdades que resultan absolutamente aparentes a primera vista. Primeramente, que el Verbo era Dios. El Verbo o Palabra de Dios tenía el carácter y la naturaleza divina. Lo que Dios era, el Verbo también lo era. En segundo lugar, el pronombre personal “*él*” se aplica al Verbo, con lo que se indica que el Verbo es un ser personal. En tercer lugar, el Verbo estaba con Dios. La voz “*con*” es preposición que indica que el Verbo no era la misma Persona que aquella con quien estaba, la cual también es llamada “*Dios*”.

En los siguientes textos se explica más detalladamente la identidad del Verbo:

Juan 1:14, 17-18: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad... Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.”

Si leemos el resto del relato evangélico de Juan, va declarándose progresivamente que Dios en el versículo 1 del capítulo primero es Dios el Padre, y que el Verbo que estaba con Él es Dios el Hijo. Otros textos de las Escrituras, como hemos visto, muestran que el Padre y el Hijo no son la misma Persona. Por ejemplo, el Hijo ora al Padre en Mateo 26:39:

“Yendo un poco adelante, se postró (Jesús) sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú.”

En Juan 8:16-18, Jesús se refiere al Padre como otro testigo además de él mismo:

“Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre. Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que da testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí.”

Y en Apocalipsis 3:21, Jesús se sienta en el trono con su Padre: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.”

Luego, en Juan 14:16, Jesús revela la existencia del Espíritu de Dios como Persona distinta de Él mismo y del Padre:

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: El Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.”

Ahora bien, los modalistas afirman que según Efesios 1:4, Dios nos escogió en Él antes de la fundación del mundo. Sin embargo nosotros no existíamos como personas en ese momento. Antes de la fundación del universo, sólo pudimos ser pensamientos en la mente de Dios, pero no podemos decir que pensamientos y personas sean una misma realidad. Por consiguiente, según el modalismo, lo mismo puede decirse respecto a la afirmación de Juan 1:1, donde, según los seguidores de la postura de “*Sólo Jesús*”, el término “*Verbo*” ha de entenderse no sólo en su sentido literal, sino también conforme al pensamiento que subyace a lo que se afirma. Es decir, en el principio Dios tenía el proyecto del Verbo, y ese plan o proyecto estaba con Él, y es en ese sentido en el que el Verbo estaba con Dios en el principio.

A este *galimatías* respondemos diciendo que nosotros no podemos juzgar el sentido de la palabra empleada por el escritor exclusivamente sobre la base de la definición léxica del término dada por el diccionario. Debemos también tener en consideración el contexto en el que se emplea el término o expresión de que se trate. Por ejemplo, la voz “escudo” no suele aplicarse a personas, pero en el texto de Génesis 15:1 el propio Señor se define a sí mismo como tal: “*Después de estas cosas vino la palabra de Jehová a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande.*”

Del mismo modo, el término “*palabra*” no suele aplicarse para representar a una persona, pero en el caso de Juan 1:1 sí lo hace. De manera que si el texto del Evangelio de Juan afirmara que “*en el principio estaba el Verbo –la Palabra- en Dios*”, el argumento de los unitarios tendría alguna fuerza. Pero una vez más, comprobamos que tal afirmación sería una verdad parcial, incompleta. ¿Por qué? Porque el uso de la preposición griega “*pros*” en este texto, que corresponde al castellano “*con*”, favorece a todas luces la interpretación trinitaria frente a la modalista.

El Diccionario Teológico del Nuevo Testamento, de Gerhard Friedrich y Geoffrey Bromily, aclara que la preposición “*pros*” denota “*movimiento hacia*”, y que es casi paralela a “*heis*”; pero una diferencia radical que frecuentemente se pasa por alto es que con “*pros*” el movimiento se detiene en la “*frontera*” del objeto buscado, mientras que con la preposición “*heis*” prosigue hasta penetrar en dicho objeto.³⁷

La preposición “*pros*”, “*con*”, a diferencia de “*en*” y “*para*” es de suma importancia al respecto. Su sentido es de presencia y comunión, con una fuerte nota de reciprocidad.³⁸ Por lo tanto, el “*Logos*”, “*Palabra*” o “*Verbo*”, no es un atributo inherente a Dios, ni una fuerza que dimane del Eterno, sino una Persona en la presencia de Dios, en una comunión de amor inseparable con Él, y hacia quien Dios mantiene una comunión igual.³⁹

³⁷ “Theological Dictionary of the New Testament”, Gerhard Friedrich and Geoffrey Bromily, Eds.; Geoffrey Bromily, transl., Eerdmans, Grand Rapids, USA, 1969., Vol. 6, p. 721.

³⁸ Thayers, Joseph, “Greek-English Lexicon of the New Testament”, Baker Books, Grand Rapids, USA, 1977.

³⁹ Lenski, R.C.H., “St. John’s Gospel”, Augsburg, Minneapolis, Minesota, USA, 1943.

En estos mismos términos se expresa el Dr. Robert Morey, apologista cristiano, afirmando que “el uso que Juan hace de la preposición “pros” es también muy significativo respecto a su visión del Logos y del Padre como Personas distintas.”⁴⁰

Otro frecuente argumento modalista se centra en el texto de Juan 10:30, donde Jesús afirma: “Yo y el Padre uno somos.” Sin embargo, la voz “uno” no necesariamente significa “una persona”, sino una unidad compuesta, como en el caso de 1ª Corintios 12:12-14, donde el apóstol Pablo la emplea para referirse a “un cuerpo constituido por muchos miembros.”:

“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu. Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos.”

Este es el sentido en el que se emplea la voz “uno” en el caso de Juan 10:30, puesto que el propio Jesús así lo explica en el pasaje de Juan 17:20-23:

“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.”

Es evidente por estas palabras de nuestro Señor Jesucristo que sus discípulos no somos una sola persona sino un solo cuerpo articulado. Del mismo modo, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios, pero no una sola Persona.

⁴⁰ Morey, Robert, op, cit.

Desde la postura modalista el Espíritu Santo y nuestro Señor Jesucristo son la misma Persona por cuanto son el mismo Espíritu. El texto al que aluden es Efesios 4:3-4, donde se nos enseña que hay un solo Espíritu:

“Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación.”

Igualmente recurren a los pasajes de Juan 7:37-39, Romanos 8:9 y 1ª Corintios 3:16-17, donde se emplean las expresiones “*Espíritu de Dios*” y “*Espíritu de Cristo*” como sinónimos con referencia al Espíritu Santo:

Juan 7:37-39: “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.”

Romanos 8:9: “Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.”

1ª Corintios 3:16-17: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.”

Nuestra respuesta trinitaria es que la unicidad del Santo Espíritu de Dios no debe confundirse con la unicidad de Persona. Recordemos el texto de Juan 17:22, en el cual “*uno*” no hace referencia a una persona:

“La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno.”

Hay un solo cuerpo, pero muchos miembros –muchas personas- dentro de ese cuerpo; una esperanza, pero muchas almas que esperan, que participan de esa esperanza; y una sola fe, pero muchos hombres y mujeres que participamos de esa única fe; igualmente, hay un bautismo en las aguas, pero muchos bautizados.

Para el modalismo, el Espíritu Santo no puede ser separado del Padre, por cuanto es parte de su sustancia. El Santo Ser concebido en el vientre de María de Nazaret, lo fue por obra y gracia del Espíritu Santo, como se nos enseña en Mateo 1:20:

“Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es.”

El modalismo afirma que es evidente, pues, que el Espíritu Santo es el Padre del Hijo. Tratar de separar al Padre y al Espíritu Santo para formar dos Personas, significaría que el Hijo tenía dos “Padres”, lo cual sería un absoluto despropósito.

Nuestra respuesta trinitaria es que, primeramente la Biblia nunca llama al Espíritu Santo “Padre” de Jesucristo. En el texto de Mateo 1:20, que ya hemos citado, lo que se nos dice es que antes de que José y María se unieran en matrimonio, “*se halló que ella había concebido del Espíritu Santo.*” (Mateo 1:18). De manera misteriosa, más allá de toda comprensión humana, limitada y finita, el Espíritu Santo sembró en el vientre de la doncella María la simiente que normalmente implanta el varón. Pero semejante milagro no significa que el Espíritu Santo fuera el Padre de Jesús. Como siempre se ha dicho, nuestro Señor Jesucristo cambió el agua en vino en aquellas bodas de Caná de Galilea, de las que se nos habla en el capítulo segundo del Evangelio de Juan, pero el hecho de que para producir vino se necesite la vid no significa que semejante señal convierta a Jesús de Nazaret literalmente en una vid.

No olvidemos que antes de que el Espíritu Santo depositara la simiente en el vientre de la bienaventurada María de Nazaret, es decir, antes de que el Verbo tomara forma humana y se vistiera de carne, el Verbo de Dios, el Hijo Eterno, ya estaba con el Padre en la Majestad de las alturas. La paternidad de Dios y la participación del Espíritu Santo en la encarnación del Hijo no convierten a éste en Padre de Jesucristo, ni mucho menos en la misma Persona.

El modalismo hace referencia a que cuando Felipe pidió a Jesús que les mostrara el Padre, y aquello les bastaba, la respuesta de Jesús sólo puede entenderse como que Jesús y el Padre son la misma persona:

Juan 14:9: “Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?”

Evidentemente, el texto de Juan 14:9 revela con toda nitidez que Jesús posee la misma naturaleza que el Padre, pero no que Jesús y el Padre sean la misma Persona. La prueba se encuentra en los versículos siguientes, donde Jesús emplea el argumento de la “*presencia*” o “*morada*” del Padre en Él, haciendo una clara distinción entre su Persona y la del Padre, quien habita en Jesús corporalmente, por cuanto el Padre es Dios y puede morar en el Hijo encarnado, sin por ello abandonar el trono celestial:

Juan 14:10-11: “¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.”

Ese mismo es el argumento que el apóstol Pablo emplea cuando enseña la Deidad de Jesucristo en su Carta a los Colosenses: “*Porque en él (Cristo) habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.*” (Colosenses 2:9).

Es evidente que Jesús no declara que Él es el Padre, ni que el Padre es Él, sino, antes bien, que Él *está* en el Padre, y el Padre *está* en Él. Jamás dijo nuestro Salvador que Él fuera la misma Persona del Padre.

Nuestro Señor Jesucristo empleó expresiones similares en otras ocasiones, como, por ejemplo, en Mateo 10:40, donde Jesús les dice a los discípulos: *“El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió.”* Y es evidente que no está diciendo que Él sea la misma Persona que el Padre que le envió. Antes bien, Jesús está hablando de su presencia en los discípulos, y que cualesquiera sea el trato que recibamos, será el trato que el propio Señor recibirá:

Juan 15:4: *“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.”*

Es en la presencia y permanencia del Hijo en y entre sus discípulos donde podemos comprender el alcance de las palabras de Jesucristo respecto a su identificación con nosotros:

Mateo 25:40: *“De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.”*

Marcos 9:37: *“El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió.”*

Lucas 9:48: *“Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y cualquiera que me recibe a mí, recibe al que me envió; porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande.”*

Juan 13:20: *“De cierto, de cierto os digo; El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió.”*

El planteamiento modalista afirma que si el Padre *está* en Jesús, entonces eso significa que Jesús es la misma Persona que el Padre. Sin embargo, desde la postura trinitaria, en conformidad con la enseñanza de las Escrituras, creemos que la afirmación de Jesús, al decirnos que *quien le ha visto a Él, ha visto al Padre* (Juan 14:10), por la presencia corporal del Padre en Jesús, no significa que el Padre y el Hijo sean una sola Persona. De lo contrario, la permanencia del Señor en sus discípulos, y nuestra permanencia en Él, conforme a Juan 15:4, nos convertiría en la misma Persona del Hijo. Se produciría entonces la creencia aberrante de pensar que no somos *de Cristo*, sino *el propio Cristo*. Esta tendencia al *encarnacionismo* del creyente y de la propia Iglesia es un error que ha surgido varias veces en el curso de la historia, y se encuentra arraigado en las excesivas pretensiones de algunas tradiciones cristianas, donde llega a considerarse que la Iglesia es una extensión de la encarnación del Verbo.

Otro argumento modalista se fundamenta en los siguientes textos del profeta Isaías:

Isaías 44:24: “Así dice Jehová, tu Redentor, que te formó desde el vientre: Yo Jehová, que lo hago todo, que extendiendo solo los cielos, que extendiendo la tierra por mí mismo.”

Isaías 45:21-22: “Proclamad, y hacedlos acercarse, y entren todos en consulta; ¿quién hizo oír esto desde el principio, y lo tiene dicho desde entonces, sino yo Jehová? Y no hay más Dios que yo; Dios justo y Salvador; ninguno otro fuera de mí. Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más.”

“Solo” y “nadie fuera de mí” son expresiones que para los modalistas significan que solamente hay una Persona en la Deidad. Si la doctrina trinitaria fuera cierta, afirman los “sólo Jesús”, o bien las tres Personas estarían hablando en estos textos, o bien sólo una de ellas. Si las tres Personas estuvieran hablando en estos pasajes, entonces, ¿por qué no dijeron “nosotros, que lo hacemos todos, que extendemos los cielos y la tierra por nosotros mismos”? ¿Por qué no dijeron “no hay ninguno fuera de nosotros”? Pero si sólo una de las Personas divinas estuviera hablando, ¿cómo pudo decir “yo soy Dios, y no hay más”, si las otras Personas de la Trinidad estaban con Él?

El error aumenta cuando se ignora el contexto en el que se hallan estas expresiones del Señor en Isaías 44:24 y 45:21-22, donde la cuestión es poner fin a la creencia en la

existencia de otros dioses fuera de Dios, y por lo tanto no tienen nada que ver con la existencia de las Personas dentro de la Deidad.

Los modalistas cometen también el error de creer que sólo una Persona puede decir “*yo solo*”. Es llano desconocimiento de las Sagradas Escrituras pensar esto. De modo que hemos de acercarnos a la Biblia para comprobar que esta expresión se utiliza a veces para referirse a un grupo de personas. Vamos a verlo en Deuteronomio 33:28-29, donde a Israel, en un contexto de pueblo, de colectividad, se dirige Moisés hablándoles en segunda persona del singular:

“E Israel habitará confiado, la fuente de Jacob habitará sola en tierra de grano y vino; también sus cielos destilarán rocío. Bienaventurado tú, oh Israel. ¿Quién como tú, pueblo salvo por Jehová, escudo de tu socorro, y espada de tu triunfo? Así que tus enemigos serán humillados, y tú hollarás sobre sus alturas.”

CONCLUSIÓN:

Creemos haber dado suficientes argumentos en este estudio para constatar que las Sagradas Escrituras enseñan que hay un solo Dios en las benditas Personas del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; que la esencia de estas Personas es una y la misma; que todo cuanto es el Padre, también lo es el Hijo y el Espíritu.

Esperamos también haberlo realizado con firmeza, pero desde el amor y el respeto hacia cuantos profesan su fe en la Deidad de nuestro Señor Jesucristo.

“Y estando juntos, Jesús les mandó que no se fueran de Jerusalem, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.” (Hechos 1:4-5).

El apóstol Pedro recuerda esta promesa de nuestro Señor Jesucristo al rendir su informe a la iglesia de Jerusalem respecto a la manera en que los gentiles de Cesarea habían recibido el Evangelio de Jesucristo y la unción de la bendita Persona del Espíritu Santo:

“Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?” (Hechos 11:15-17).

Creemos que el sentido trinitario de estos pasajes es más que suficientemente evidente para mantener nuestra postura respecto a las tres Personas de la Santísima

Trinidad, en conformidad con el testimonio de toda la ortodoxia cristiana en el curso de los siglos.⁴¹

“La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén.” (2ª Corintios 13:14).

Madrid y Primavera del 2007.

⁴¹ Romanos 1:7;16:27; 1ª Corintios 1:3; 2ª Corintios 1:2; 13:14; Gálatas 1:3-5; Efesios 1:2-3; 6:23-24; Filipenses 1:2; 4:20, 23; Colosenses 1:1-3; 1ª Tesalonicenses 1:1, 5-6; 2ª Tesalonicenses 1:1-2; 1ª Timoteo 1:1-2; 2ª Timoteo 1:1-2; Tito 1:4; Filemón 1:3; Hebreos 1:1-13; 1ª Pedro 1:1-5; 2ª Pedro 1:1-2; 1ª Juan 1:1-4; 5:6-12; 2ª Juan 1:3; Judas 1:1-2; 20-21, 25; Apocalipsis 14:12; 19:5-8; 22:3.

BIBLIOGRAFÍA:

Santa Biblia, Reina-Valera, Revisión de 1960, Sociedades Bíblicas Unidas.

Chavez, Moisés, "Diccionario de Hebreo Bíblico", Editorial Mundo Hispano, El Paso, Texas, USA, 1992.

Ortiz V., Pedro, "Concordancia Manual y Diccionario Griego-Español del Nuevo Testamento", Sociedad Bíblica, Madrid, 1997.

Ortiz V., Pedro, "Léxico Hebreo-Español y Arameo-Español", Sociedad Bíblica, Madrid, 1997.

Green, Jay P., Ed., "Interlinear New Testament", Associated Publishers and Authors, Inc., Lafayette, Indiana, USA, 1981.

Armstrong, A.H., "An Introduction to Ancient Philosophy", Methuen, 1966.

Prestige, G.L., "God in Patristic Thought", S.P.C.K., London, 1952.

Tillich, Paul, "Systematic Theology", vol. I, Nisbet & Co., London, 1951.

Kaufman, Gordon D., "God the Problem", MA: Harvard University Press, Cambridge, 1972.

Lenski, R.C.H., "St. John's Gospel", Augsburg, Minneapolis, Minnesota, USA, 1943.

Kelly, J. N. D., "Early Christian Doctrines", Peabody MA: Prince Press, 2003.

Cooper, David L., "El Dios de Israel", Biblical Research Society, Los Angeles, California, USA, 1961

Kendrick, Klaude, "The Promise Fulfilled: A History of the Modern Pentecostal Movement", Gospel Publishing House, Springfield, Mo., USA, 1961.

Orey, Robert, "The Trinity: Evidence and Issues", Word Publishing, Grand Rapids, Michigan, USA, 1996.

Davis, John D., "The Westminster Dictionary of the Bible", Westminster Press, Philadelphia, USA, 1944.

Friedrich, Gerhard, and Bromily, Geoffrey, Eds., "Theological Dictionary of the New Testament", Eerdmans Publishing House, Grand Rapids, Michigan, USA, 1969.

Thayers, Joseph, "Greek-English Lexicon of the New Testament", Baker Books, Grand Rapids, Michigan, USA, 1977.

"Paraclete", General Council of the Assemblies of God, Springfield, Mo., USA, vol. 13, number 4, 1979.
